

**Antología del
pensamiento crítico
ecuatoriano
contemporáneo**

.ec

Antología del pensamiento crítico ecuatoriano contemporáneo / Agustín Cueva ... [et al.] ; editado por Gioconda Herrera. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2018. Libro digital, PDF - (Antologías del pensamiento social latinoamericano y caribeño / Pablo Gentili)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-722-369-9

1. Sociología. 2. Ecuador. 3. Pensamiento Crítico. I. Cueva, Agustín II. Herrera, Gioconda, ed.
CDD 301

Otros descriptores asignados por CLACSO:
Pensamiento Crítico / Intelectuales / Historia / Política / Sociología / Economía / Estado / Educación / Ecuador / América Latina

Antología del pensamiento crítico ecuatoriano contemporáneo

Coordinadores

Gioconda Herrera Mosquera

Agustín Cueva | Bolívar Echeverría | Fernando Velasco Abad | Alejandro Moreano | Alberto Acosta | Rafael Quintero | Guillermo Bustos | Alexei Páez Cordero | Amparo Menéndez-Carrión | Carlos de la Torre | Blanca Muratorio | Andrés Guerrero | Mercedes Prieto | Catherine Walsh | Ariruma Kowii | Cristina Burneo Salazar | Ana María Goetschel | Katty Hernández Basante | Rafael Polo | Álvaro Campuzano

.ec

Colección **Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño**



CLACSO



Colección Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño

Director de la Colección: Pablo Gentili

CLACSO - Secretaría Ejecutiva

Pablo Gentili - Secretario Ejecutivo

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Núcleo de producción editorial y biblioteca virtual

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Núcleo de diseño y producción web

Marcelo Giardino - Coordinador de Arte

Sebastián Higa - Coordinador de Programación Informática

Jimena Zazas - Asistente de Arte

Creemos que el conocimiento es un bien público y común. Por eso, los libros de CLACSO están disponibles en acceso abierto y gratuito. Si usted quiere comprar ejemplares de nuestras publicaciones en versión impresa, puede hacerlo en nuestra Librería Latinoamericana de Ciencias Sociales.



Biblioteca Virtual de CLACSO www.biblioteca.clacso.edu.ar

Librería Latinoamericana de Ciencias Sociales www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE.

Primera edición

Antología del pensamiento crítico ecuatoriano contemporáneo (Buenos Aires: CLACSO, octubre de 2018)

ISBN 978-987-722-369-9

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional



Asdi

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

ÍNDICE

Gioconda Herrera Mosquera

Introducción

| 11

Estructura y Política

Agustín Cueva

Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia

| 37

Bolívar Echeverría

El *Ethos* Barroco

| 63

Fernando Velasco Abad

La vinculación al mercado mundial

| 83

Alejandro Moreano

Capitalismo y lucha de clases en la primera mitad del siglo XX
en el Ecuador

| 105

Alberto Acosta

El Buen Vivir como alternativa al desarrollo. Algunas reflexiones
económicas y no tan económicas

| 145

Pueblo y populismos

Rafael Quintero

El mito del "populismo velasquista" y la consumación
del pacto oligárquico | 181

Guillermo Bustos

La politización del "problema obrero" Los trabajadores
quiteños entre la identidad "pueblo" y la identidad "clase" (1931-34) | 213

Alexei Páez Cordero

Cultura popular y protosocialismo: las jornadas de noviembre de 1922 | 253

Amparo Menéndez-Carrión

Importancia del clientelismo político como paradigma
para interpretar la naturaleza de las preferencias electorales
de los moradores barriales | 279

Carlos de la Torre

El tecnopopulismo de Rafael Correa ¿Es compatible el carisma con la
tecnocracia? | 299

La nación y sus fisuras: etnicidad y raza

Blanca Muratorio

Discursos y silencios sobre el Indio en la conciencia nacional | 327

Andrés Guerrero

El proceso de identificación: sentido común ciudadano, ventriloquia
y transcritura. Del tributo de Indios a la administración de poblaciones
en el Ecuador del siglo XIX. | 343

Mercedes Prieto

El Liberalismo del temor y los indios | 389

Catherine Walsh

"Raza", mestizaje y poder: horizontes coloniales pasados y presentes | 411

Ariruma Kowii

El *Sumak Kawsay* | 437

Feminismos, cuerpo y diferencias

Cristina Burneo Salazar

Cuerpo roto | 447

Ana María Goetschel Orígenes del feminismo en el Ecuador	469
Katty Hernández Basante Resignificación y representación que hacen las mujeres afroecuatorianas sobre sus propios cuerpos	501
Genealogías del pensamiento crítico ecuatoriano	
Rafael Polo Bonilla El momento Tzánztico	517
Álvaro Campuzano Arteta Institucionalización universitaria de la sociología: las décadas de 1960 y 1970	559
Sobre la compiladora	587
Sobre los autores	589

INSTITUCIONALIZACIÓN UNIVERSITARIA DE LA SOCIOLOGÍA: LAS DÉCADAS DE 1960 Y 1970*

Álvaro Campuzano Arteta

... lo esencial es hacer de la Universidad no un instrumento al servicio de las clases y grupos dominantes, sino un elemento vivo de cambio social, de transformación radical del sistema, en lucha activa, por la liberación del pueblo ecuatoriano

Manuel Agustín Aguirre (1973)

Aproximadamente a partir de la década de 1950, se registran dos giros significativos con respecto al período anterior. Por el lado de las formaciones intelectuales emergentes, a partir de esta década, pero con más fuerza durante las dos décadas subsiguientes, la universidad estatal pasa a cumplir un papel mucho más desafiante y desestabilizador frente a la hegemonía. Y por el lado de la formación intelectual dominante, el discurso de la fatalidad deseable del progreso antes explorado es suplantado por el anhelo presentado como autoevidente de alcanzar el desarrollo. Dentro de este giro, de la insistencia directa en aquel irrefutable “conocimiento científico” sobre la desigualdad ontológica entre las personas, las clases dominantes pasan a reclamar para sí la exclusividad en la capacidad del manejo de instrumentos técnicos en el plano de la economía y los asuntos públicos.

En el ámbito de la educación, el restringido desarrollismo estatal, vigente desde la década del cincuenta hasta el final de la del setenta, se tradujo en la expansión de escuelas y colegios, y en un marcado énfasis en la planificación educacional. En términos generales, ingresamos a

* Extraído de Campuzano, A. 2005 “Sociología y misión pública de la universidad en el Ecuador. Una crónica sobre educación y modernidad en América Latina” en *Espacio Público y privatización del conocimiento* (Buenos Aires: CLACSO).

una etapa en la que la intervención pública de la educación presupone que el “factor humano, como factor de producción y desarrollo, requiere mayores niveles de preparación” (Paladines, 1998: 187). Desde entonces, formación profesional, capacitación de recursos humanos y educación, pasan a guardar estrechas cercanías en su significación.¹ En conexión a esto, la expansión de alumnos matriculados en las universidades registrada durante estas tres décadas podría explicarse plausiblemente por un acrecentamiento en la demanda de acreditaciones profesionales en el mercado laboral. De acuerdo a los datos del Ministerio de Educación, durante la década del cincuenta, en la Universidad Central la matrícula se incrementa en el orden del 55%; y entre 1963 y 1973 el número de estudiantes universitarios se incrementa 8,7 veces (de 4.091 a 34.797). Como apunte lateral, esta tendencia coincide con el final del carácter elitista del acceso a la universidad estatal en América Latina (Trindade, 2003: 165-168).

En medio de un entorno político violento (aunque, por supuesto, en nada cercano a la barbarie efectuada por las coetáneas dictaduras de corte fascista en el Cono Sur) que devela la cruda dominación apalancada por el amable discurso del desarrollismo estado-céntrico, durante las décadas de 1960 y 1970 las áreas de ciencias sociales y humanidades, primero en la Universidad Central y posteriormente (aunque de ello no nos podremos ocupar aquí) en la Universidad Católica, aparecen como nichos de resistencia.

EL NUEVO ROSTRO DE LA UNIVERSIDAD: DE LA PATRIA CHICA A LA PATRIA SOCIALISTA

Insertadas dentro de este momento de relativa integración nacional capitalista promovida por el desarrollismo estado-céntrico a partir del gobierno de Galo Plaza,² en la Universidad Central se gestan forma-

1 *La educación y el desarrollo económico y social del Ecuador*, de Héctor Burbano Martínez (1996), constituye una obra ineludible para posteriores indagaciones sobre este giro en la política cultural ejercida por la universidad.

2 El gobierno de Galo Plaza Lasso, hijo del liberal Leónidas Plaza (clara expresión del vínculo entre linaje familiar y poder estatal en el Ecuador), marca el ingreso del desarrollismo en el país. Asesorado por el gobierno de EE.UU., en un momento de consolidación de su dominio continental y mundial tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, Plaza implementa planes estatales de fomento a la producción y, en términos generales, tecnifica la administración pública (Cueva, 1996). Un relativo robustecimiento del mercado interno, el crecimiento de las ciudades y de las redes viales, la expansión de las relaciones laborales, el aumento de obras públicas, y la diversificación de la economía (Acosta, 1995: 83) conforman distintos hilos de una misma urdimbre de capitalización coordinada por el estado. Precisamente esta relativa capitalización orquestada desde el estado es lo que diferencia al modo en que se gestionaron los ingresos generados por la nueva gran exportación primaria de los

ciones intelectuales que alimentan, con sentidos políticos distintos, sentimientos de pertenencia nacional. Alfredo Pérez Guerrero y Manuel Agustín Aguirre son figuras representativas de este nuevo rostro de la universidad.

El pensamiento de Pérez Guerrero, destacado rector de la Universidad Central, encarna un nuevo tipo de intervención pública que asume esta institución. Los rasgos de esta misión se pueden sintetizar en las tres tareas programáticas que el rector asigna a la universidad: fomentar el aprendizaje encauzado a la profesionalización; constituirse en un centro de “cultura superior”, o bien de investigación científica y de análisis de los “grandes principios” de la filosofía y la ciencia; y situarse “en medio del pueblo [...] para recoger de él sus afanes, sus dolores y sus esperanzas, y para cooperar con él en hallar las rutas de su porvenir” (Pérez Guerrero, 1957: 45). Desde una perspectiva histórica, es muy significativa la insistencia de la voz oficial de la universidad por subsumir las tareas de profesionalización (que en el nuevo entorno desarrollista van mucho más en serio que en décadas anteriores), y de reflexión teórica e investigación, a los anhelos del *pueblo*. El compromiso político con la población marginada que connota el ahora gastado término es significativo en la medida en que ilustra una clara ampliación en las pretensiones de persuasión que pasa a tener la universidad. En mi interpretación, nos hallamos frente a un punto de inflexión a partir del cual la Universidad Central deja de tener una relación predominantemente aquiescente frente al escepticismo conservador de las elites.

La construcción de la nación pasa a tener nuevos significados, y en esto Pérez Guerrero desde luego que no es el inventor de la rueda. La “visión” en torno a la cual se deben unificar todas las universidades del país es, en sus palabras, la de que “somos una Patria, en un territorio pequeño y desgarrado [y] por eso, está bien poner de relieve el pensamiento, el espíritu, el corazón de la Patria” (Pérez Guerrero, 1961: 13). La reminiscencia de las ideas de Benjamín Carrión sobre la construcción de una patria territorialmente chica pero grande en cultura no es casual. Carrión es directa y recurrentemente citado por Pérez Guerrero, y es que la influencia intelectual del primero se extiende desde su dirección de la Casa de la Cultura Ecuatoriana a la universidad, por la vía de su cátedra de sociología. Las dos primeras publicaciones de la revista *Historia de las ideas* (1959-1960), fundada por Carrión, constituyen un interesante registro de las maneras en que opera esta nueva formación intelectual. La tarea de “recuperación del pensamiento

cincuenta, a saber, el banano, con respecto a la exportación del cacao correspondiente a las primeras décadas del siglo pasado.

y de la cultura ecuatoriana” propuesta en esta publicación constituye un mecanismo de tradición selectiva que alimenta la gestación de sentimientos de pertenencia nacional. Bajo el mismo esquema, Pérez Guerrero dedica varios trabajos al recuento histórico de la Universidad Central, construyendo una memoria que destaca la función nacionalizadora de la universidad y que obvia todo otro aspecto, definiendo de este modo selectivo al valor del acervo cultural que crea y transmite la universidad exclusivamente como uno de nacionalización.

Ahora bien, simultáneamente, en el seno de la dirigencia de la misma institución germinaba una versión sobre el papel público de la universidad que, en algunos aspectos, tomó incluso mayor distancia con respecto al elitismo del período antes revisado. En 1961, Manuel Agustín Aguirre, quien durante años anteriores fuera director de la Facultad de Ciencias Económicas, es nombrado vicerrector de la universidad. En la superación (en el sentido dialéctico: yendo más allá, pero a la vez conservando rasgos de lo que se deja) del progresismo conservador que constituye la política universitaria de Aguirre, podemos distinguir analíticamente dos direcciones. La primera sitúa a Aguirre como gestor de un proyecto de democratización en y desde la universidad, sin precedentes en el país y a tono con el nuevo clima político latinoamericano tras el triunfo de la Revolución Cubana. Y la segunda dirección devela la presencia activa de la formación intelectual que fuera dominante años atrás en la universidad, y que desde los cincuenta pasa a adoptar el carácter de residual.

Podríamos resaltar tres aspectos de la primera dirección. Para empezar, Aguirre promueve la generación de conocimiento fundado en la investigación, arremetiendo contra la retórica cientificista. En el día de su posesión, es enfático en señalarlo: “Necesitamos investigar, necesitamos descubrir al Ecuador para entregar a las futuras generaciones [...] un conocimiento científico para transformar el país, pero no a base de una simple palabrería, sino de esta investigación” (Aguirre, 1961: 343). En esta línea, el impulso a la profesionalización de la investigación económica es claro durante toda su gestión. Y asimismo, la creación de la Escuela de Ciencias Políticas en 1961, inicialmente concebida como instituto de altos estudios, debe mucho a su iniciativa. Sin embargo, por razones que exploraremos más adelante, la profesionalización de la investigación en esta escuela nunca se llega a dar y por momentos, incluso, llega a ser rechazada entre quienes la dirigen.

Junto a este énfasis en la investigación, Aguirre insiste en la necesidad de reorganizar administrativa y académicamente a la universidad. Considera que la escasa integración entre las facultades repercute en impedir una gestación más enriquecida de conocimiento; y critica constantemente la reducción de la educación a “la simple transmisión

mecánica de conocimientos ya dados” (Aguirre, 1973: 45). Como alternativa, defiende una integración interdisciplinaria del conocimiento, sobre todo en las ciencias sociales, que pasa por superar el “parcelamiento y la dispersión” y los “intereses de clientela o de grupo” que, en su opinión, habrían conducido a la autarquía entre las diversas facultades. Asimismo, Aguirre propone eliminar el “monólogo solitario de la cátedra magistral” para instaurar una práctica pedagógica en la que el conocimiento se funde en la investigación o el conocimiento falible, no en la transmisión de cánones, y en “la interacción dialéctica entre el profesor y estudiante [capacitando al último] para el pensamiento propio, afianzando su personalidad” (Aguirre, 1973: 382). En concordancia con esta versión moderna de la educación superior, Aguirre señala también la necesidad de crear un diseño curricular más flexible, basado en un sistema de créditos, que abra un margen más amplio para que el estudiante escoja libremente sus clases.

El tercer aspecto de carácter democrático en la política universitaria de Aguirre, ya expresado en la primera cita, es la función transformadora de la realidad que adjudica al conocimiento. Durante 1961, en su calidad de director del programa de cursos de extensión cultural, Aguirre promueve una enseñanza que combina la dotación de destrezas técnicas y el fomento de la pequeña industria entre miembros de clases bajas y medias-bajas con lo que él considera el aprendizaje de elementos básicos para la comprensión de la problemática política y económica nacional e internacional. Este incentivo a la conciencia crítica (a la apertura de la “lectura del mundo”, diría Paulo Freire) entre las clases desposeídas constituye una de sus actividades constantes. Ya desde el vicerrectorado, y posteriormente desde el Departamento de Extensión Cultural Universitaria, creado en 1963, publica el periódico *Cultura Popular* distribuido entre trabajadores y *campesinos* (durante esos años la adscripción identitaria *indígena* todavía no se constituía como eje central de movilización). En efecto, Aguirre se esfuerza constantemente, a través de este y otros mecanismos, por trazar una conexión entre estudiantes, trabajadores y campesinos: en su opinión “muchas veces un diálogo del estudiante con el campesino y el obrero puede ser tan fructífero como la mejor clase de sociología rural o de problemas del trabajo” (Aguirre, 1973: 306).

Ahora bien, con lo señalado hasta aquí, no se debe perder de vista una segunda dirección presente simultáneamente en el proyecto universitario de Aguirre. Como reedición del progresismo conservador prevaleciente durante décadas pasadas, a pesar del énfasis en la investigación, en Aguirre por momentos la “ciencia” todavía aparece como eufemismo para un saber dóxico. Aguirre opone reiteradamente el conocimiento de una “ciencia” capaz de descubrir las “verdaderas

leyes del desarrollo de la naturaleza, de la sociedad y el pensamiento” al engaño y falacia de las ideologías correspondientes a las clases dominantes. El “materialismo dialéctico” sería la forma más acabada de esta ciencia exenta de deformaciones ideológicas, cuyos enunciados alcanzarían el estatuto de verdad por vía de la subsunción a determinadas leyes generales e inmutables (no solo de la historia, sino también de la naturaleza). En este punto, destaco el papel desempeñado por Aguirre como difusor de un conjunto de conceptos marxistas que no alcanzaron mayores grados de desarrollo. Por momentos, Aguirre cae en la reiteración de esquemas rígidos de análisis, cuyos pilares o *a priori* no son sujetos a reflexión crítica. Es así que el “materialismo dialéctico” que presenta como la forma más acabada del conocimiento humano aparece como una nueva etiqueta de aquella “ciencia” retórica y metafísica que extiende sorprendentemente su influencia desde inicios del siglo, aun en el pensamiento pretendidamente crítico de la segunda mitad del mismo.

En relación a esta peculiar y quizás advenediza difusión de una versión del marxismo, encuentro dos consecuencias principales en la definición del quehacer universitario. Ambas se refieren al establecimiento de una nueva imposibilidad para la especialización de las ciencias sociales. De acuerdo a las preconcepciones de Aguirre, el proceso de especialización disciplinaria no es sino una “trampa ideológica”. Cuando el historiador, el sociólogo, el antropólogo, el economista, el politólogo, se disparan cada uno por su lado, el resultado es “una visión microscópica, pulverizada, que impide la visión macroscópica del *todo social*”. La dimensión práctico-moral de esta fragmentación del conocimiento sería que torna imposible “la comprensión del sistema [capitalista] en el que vivimos, con toda su monstruosa irracionalidad, evitando la comprensión crítica global de su mecanismo explotador y la acción que pueda destruirlo” (Aguirre, 1973: 96). Estrechamente ligado a esta visión de la sociedad como totalidad, el tipo de relación política que Aguirre considera adecuada entre los estudiantes y los campesinos y obreros es una en la que los dos primeros grupos se subordinen estratégicamente al último. La clase proletaria, por su posición dentro de la totalidad socio-económica, sería la única que puede dirigir la lucha por el socialismo, “de ahí que la acción del estudiantado, en forma aislada, pueda realizar movimientos que no carezcan de importancia, pero no la revolución, para lo cual tiene que unirse al campesinado, y *en primer lugar al proletariado*, que es la auténtica vanguardia revolucionaria” (Aguirre, 1973: 25). El conocimiento de las leyes generales de la historia, únicamente accesible obliterando las fronteras disciplinarias, sería entonces el referente (¿irrefutable?) para la toma de decisiones políticas. Y, a su vez, el conocimiento

generado en la universidad nunca debe especializarse hasta el punto de perder contacto con los impulsos del sujeto social señalado como único portador del progreso histórico: el proletariado. En una línea, Aguirre parecería abogar por la construcción de una ciencia social marxista no especializada en un doble sentido: general o no compartimentada disciplinariamente, y no formulada en un lenguaje esotérico que la desconecte del saber del proletariado.

La inexistencia de organizaciones obreras pujantes durante la década del sesenta permite establecer que la referencia al “proletariado” es un giro autorreferido en el discurso de Aguirre. La adherencia a estas concepciones tradicionales sobre la revolución socialista, que señalan al proletariado como vanguardia del cambio histórico, solo se impondrá en la izquierda, como respuesta a determinadas reconfiguraciones que revisaremos más adelante, durante la siguiente década. Para continuar, retengamos que la posibilidad misma de la aparición de una autoridad universitaria como Aguirre no puede ser entendida por fuera del momento político que vive la región. Tanto su agencia en la universidad, como su papel en la creación del Partido Socialista Revolucionario (escindido del Partido Socialista desde 1962), forman parte del vigor y optimismo de las izquierdas en América Latina en el contexto inmediato del triunfo de la Revolución Cubana. Un ejemplo tangible del vínculo entre este giro universitario y el proceso cubano es la invitación que recibe Aguirre de parte del instituto Cubano de Amistad con los Pueblos, órgano de difusión continental, al tercer aniversario de la flamante, y entonces solo prometedora, revolución.

Esta invitación, y el intercambio de ideas sobre extensión y reforma universitarias que se realiza durante su estadía en La Habana, coinciden con la detonación de la reacción de la dictadura. Cuando la universidad ecuatoriana abandona la función acrítica que predominó durante la primera mitad del siglo pasado, vale decir, cuando la persuasión intelectual y moral sobre la que se sostiene la dominación pierde uno de sus puntales, entonces el conflicto en este sector de la sociedad se visibiliza con mayor claridad. Desde que la “casa de la Ciencia” enaltecida por los “hombres de estado” deja de participar en el sostenimiento de la hegemonía, primero pasa a ser intervenida sutilmente, y después, cuando no solo deja de apuntalar, sino que critica frontalmente al orden establecido, pasa a ser adjetivada como “foco de insurgencia” y a ser sometida a represión física.

Ya en la década del cincuenta, el proyecto universitario cabalmente liberal representado por un Pérez Guerrero incomoda a los tres gobiernos constitucionales consecutivos, previos a la dictadura de Castro Jijón. La exclusión de voces universitarias en materia de legislación sobre educación superior, criticada en el Congreso Nacional por

Benjamín Carrión, es un ejemplo de ello. De entre estos “atentados a la autonomía universitaria”, como los califica Pérez Guerrero, en 1952 se realiza uno que le resulta especialmente molesto: los títulos universitarios son equiparados legalmente con los que otorgan las escuelas superiores del ejército. Esta decisión desinfla considerablemente el papel público que Pérez Guerrero se empeñaba en otorgar de manera exclusiva a la universidad; y por fuera de la competencia propia del campo académico presente en la opinión del rector, este desmerecimiento gubernamental a la universidad nos revela algo más. El carácter tradicional de la práctica y de las preconcepciones de las elites determina que las ambiciones de llevar a efecto la consigna de instituir a las universidades como “creadoras de la conciencia nacional” (como reza en la ley ya desde 1925), o bien como artífices en la constitución de una comunidad política compatible con el capitalismo, sean rechazadas. Los límites del desarrollismo por el que atraviesa el Ecuador durante esta década son claros: no interesa tanto el fortalecimiento de una organización capitalista de la economía, con sus prerrequisitos de consolidación de un mercado interno, y de un sentido compartido de nación o “patria chica” (donde entraría a jugar un papel central la universidad), sino meramente la tecnificación de determinados enclaves de la economía, donde la inclusión generalizada de la población en el mercado económico y simbólico de la nación aparece más bien como un estorbo. La universidad al estilo napoleónico (Bonvecchio, 2000), con sus pretensiones de construir la nación, no interesa a un proyecto de dominación primordialmente tradicional-corporativista.

Bajo estas circunstancias, cuando el compromiso público de la universidad, más allá incluso de transformaciones acordes con el capitalismo, es llevado a consecuencias de alcances sustantivamente democráticos con iniciativas como las de Aguirre (por lo menos en parte), qué otra respuesta podía esperarse sino la de la represión abierta. Durante los años de la dictadura de Castro Jijón, la Universidad Central es clausurada tres veces. En 1963, tras la primera clausura, se despide a trescientos profesores, se cierra la participación estudiantil en los diversos órganos de gobierno universitario y se suspende la tramitación legal de un proyecto que contemplaba la conformación oficial de espacios deliberativos para el manejo de la universidad —el Consejo Técnico Nacional de Educación Superior y el Comité de Coordinación Permanente—. Tras la segunda clausura llevada a cabo en los meses de febrero y marzo de 1964, vaya sorpresa, Manuel Agustín Aguirre ha dejado de ser vicerrector. Y finalmente, el 25 de marzo de 1966, se produce el pertinentemente llamado “asalto a la universidad” por parte del ejército. Las dimensiones de la violencia ejercida en esta tercera ocasión desatan un gran debate público consignado en los periódicos

nacionales. Tras un proceso de complejas inculpaciones al interior de la cúpula militar, el 14 de abril de 1978 se dispone la detención de los generales Castro Jijón, Gándara y Aguinaga, quienes se ven obligados a asilarse en las embajadas de Chile, Colombia y Bolivia.

Son varias las cicatrices que ha dejado tras de sí este proceso. A nivel epidérmico, si persistimos con la metáfora cutánea, contamos con varios registros de la irracional violencia militar, muy fáciles de comprobar documentalmente. Me refiero a la brutalidad del saqueo de casas y destrucción de bibliotecas de alumnos y profesores; a los encarcelamientos y torturas; a las heridas de bala que llegaron a sufrir algunos alumnos mientras recibían clases (lo último se refiere a las facultades de economía y química específicamente); a la sombría presencia de francotiradores en la universidad ubicados en las instalaciones del Centro Ecuatoriano Norteamericano; y al elogio de la imbecilidad con que se llegó a detonar una bomba en el Edificio de la Editorial Universitaria. Marcas de la violencia todas estas, de entre las que resalta el asesinato de estudiantes y destacados jóvenes intelectuales como René Pinto o Milton Reyes, ambos de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas, o Rafael Brito, de la Escuela de Derecho en Guayaquil.

La última arremetida militar que soporta la Universidad Central ocurre en 1970. Depuesto momentáneamente el control militar directo ejercido sobre la universidad, Manuel Agustín Aguirre es elegido rector en el mes de mayo de 1969. Durante su corta gestión se incorpora a los empleados de la universidad en el Consejo Universitario, y se eliminan las restricciones para la matrícula. Esto último ocurre precisamente cuando en Guayaquil se llevaba adelante una batalla campal por la defensa del libre ingreso a la universidad. Luego de que la Universidad de Guayaquil es sitiada el 29 de mayo, hecho en el que se calcula que de seis a quince estudiantes fueron asesinados, en medio de la agitación estudiantil, el presidente Velasco Ibarra se proclama dictador en 1970. La nueva dictadura renueva a todo el personal de la Universidad Central de Quito y, desde ese año en adelante (durante los setenta atravesaríamos todavía por dos dictaduras más), Aguirre nunca más consigue situarse en una posición administrativa desde la que pueda desarrollar su proyecto.

Pero el recuerdo, si ha de orientarse por un impulso emancipatorio, no puede quedarse en el plano de la denuncia plañidera. ¿Qué huellas dejó la violencia detrás de las cicatrices más visibles? Usualmente los mayores daños infligidos son los que no se pueden enunciar fácil e inmediatamente. Si nos mantuviésemos en el nivel de lo manifiesto, en el plano de las apariencias tal y como se perciben inmediatamente, podríamos adecuar nuestro análisis a un simplificador esquema dicotómico, que ubica como antípodas al estado y sus

aparatos de represión, por un lado, y a todas las diversas organizaciones de izquierda, por el otro. Sin embargo, la presencia de ciertas afinidades, el contacto entre algunos puntos de los dos polos, anulan este esquema. Desde finales de la década de 1960 en adelante, dentro de la propia Universidad Central, no se diga fuera de ella, existen registros de críticas al autoritarismo y violencia que han caracterizado a algunos grupos a los que, por esa misma razón, resulta contradictorio llamar de izquierda. En 1969, en la revista *Anales* se rechaza “el garroterismo vulgar de Pekín”, términos con los que se aludía a las prácticas de la agremiación de profesores afiliados al Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador, PCMLE (Miño, 1969). En efecto, el “garroterismo” ha sido una práctica recurrente de facciones de este partido político de adscripción maoísta desde finales de esa década. La práctica de la política como ejercicio de fuerza irracional, y las organizaciones políticas equiparadas a pandillas organizadas en torno a la autoridad tradicional de los líderes (antes que en torno a la deliberación sobre objetivos programáticos y elección de autoridades representativas del grupo), no son entonces rasgos exclusivos de los aparatos represivos del estado. En su confrontación directa con las “fuerzas del orden”, cabe conjeturar, ciertas facciones del PCMLE, así como otras organizaciones diletantemente proclamadas de izquierda, llegaron a hacer suyas las formas de ejercer el poder de su rival. Solo así podríamos comprender la paradoja de que, a pesar de presentarse como anti orden establecido, en la realidad de sus prácticas estas organizaciones extienden el funcionamiento de los mismos mecanismos de dominación que fueron ejercidos sobre ellas por el estado. Esta introyección del autoritarismo en un sector de la izquierda, como se dijo, es especialmente visible en el creciente atrincheramiento corporativista y mafioso de algunos miembros del sindicato de educadores adscrito al PCMLE en las estructuras del sector educativo estatal.

Uno de los focos desde el que se rechazan estas prácticas dentro de la Universidad Central es, desde finales de la década del sesenta, precisamente la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas. De acuerdo a la información a la que he tenido acceso, la distancia crítica que adopta la Escuela es tal que, incluso en varias ocasiones, se llegó a violentar físicamente a miembros de su planta docente. Por tanto, resultaría extremadamente desatinado pensar que esta Escuela alguna vez fue cooptada por partidos políticos autoritarios. Lejos de ello, como sugiero a continuación, las limitaciones en el impulso crítico de esta Escuela, de manera análoga a lo apuntado sobre el pensamiento de Aguirre, no se hallan en factores externos a sí misma.

PRIMERA ESCUELA DE SOCIOLOGÍA EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL: EL TRÁNSITO DE LAS AULAS HACIA LOS PASILLOS

Hacia el final de la década de 1950, y durante el siguiente decenio, dentro de un contexto histórico marcadamente distinto al del primer período revisado, se relanza el proyecto nunca llevado a efecto de institucionalizar académicamente a la sociología. En esta ocasión, los anhelos solitarios de un Ángel Modesto Paredes (¡todavía en actividad docente!), o de otros profesores de sociología como Luis Bossano, encuentran un eco en el marco institucional de la sociología a nivel latinoamericano. Durante los tres congresos continentales convocados por la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) durante la década de 1950,³ se delibera sobre las bases curriculares para crear programas de estudio homologables en los países latinoamericanos (Poviña, 1956).

La pervivencia del progresismo conservador se manifiesta en las características de la inserción de los profesores de sociología de la Universidad Central en este debate. Un año después de la celebración del congreso de ALAS en la Universidad Central del Ecuador, la carta pública de Ángel Modesto Paredes, dirigida al entonces vicerrector Manuel Agustín Aguirre, revela una recalcitrante defensa del papel del sociólogo como sacerdote moderno. Es desde esta retórica comtiana que se apela a la creación de un “instituto con participación de varias facultades para analizar el ambiente ecuatoriano, descubrir las fuerzas que lo impulsan y mantienen, y dirigir la respectiva actividad pública para las adecuadas soluciones de las necesidades descubiertas” (Paredes, 1957). Respaldando estas formulaciones, Francisco J. Salgado, decano de la Facultad de Jurisprudencia, justifica en su informe de labores la fundación de la Escuela de Ciencias Políticas dentro de la Facultad de Jurisprudencia en 1961 (Salgado, 1961). En suma, su argumento se centra en destacar la necesidad de entrenar académicamente a los administradores del estado. La postura básica sobre la necesidad de formar una elite intelectual en la universidad se extiende entonces desde las primeras décadas hasta bien entrada la segunda mitad del siglo pasado. Y aun a esas alturas, todavía no es claro si la legitimidad de estos dirigentes del país reposaría en el supuesto manejo de un saber especializado o en su inmersión en una vagamente definida, pero políticamente efectiva, alta cultura universitaria.

3 La Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) se funda el 7 de septiembre de 1950, en el marco de la celebración del Primer Congreso Mundial de Sociología en Zurich. El Primer Congreso Continental se realiza en 1951 en Buenos Aires, el segundo en 1953 en Río de Janeiro y el tercero, celebrado en 1956, tiene como sede a la Universidad Central del Ecuador.

Sin embargo, en caso de circunscribir el análisis al ámbito curricular y académico exclusivamente,⁴ se podría plasmar una equivocada imagen de estabilidad y de estancamiento histórico. Importantes cambios se gestan en la Universidad Central simultáneamente, pero su origen y campo de desenvolvimiento no se hallan, por así decirlo, dentro de las aulas. A continuación, quisiera narrar esta historia no documentada en archivos universitarios. La accesibilidad de la entrevista para este período, como recurso alternativo al análisis de textos escritos, nos abre nuevas posibilidades de interpretación.⁵

De acuerdo a Alejandro Moreano, durante la década de 1960, el núcleo desde el que se formula el pensamiento social tiene escasa o nula relación con el ámbito académico. En su opinión, la ola revolucionaria levantada desde Cuba y los procesos de descolonización de los países del tercer mundo definen la dirección del pensamiento social de mayor relevancia. La teoría del foco guerrillero o el pensamiento revolucionario del Che Guevara formalizado por Regis Debray, y las tesis sobre la descolonización de Franz Fanon, se constituyen como referentes principales de los intelectuales más influyentes y como modelos de acción para las agrupaciones políticas más pujantes. En el caso ecuatoriano, específicamente, Moreano sintetiza: “el discurso de la época estaba en el terreno intelectual en Agustín Cueva, y en el terreno político en gente como Jaime Galarza”. El segundo es el fundador del movimiento “vencer o Morir”, organización vinculada directamente con el proyecto guerrillero continental con epicentro en La Habana, que en el Ecuador fuera asfixiado durante la primera mitad de la década del sesenta. Y por su parte, el primer Agustín Cueva al que se refiere Moreano quizás es representativo del tipo de intelectual que emerge en la década del sesenta, en la medida en que la mayor parte de sus esfuerzos tienen un carácter político-intelectual, antes que teórico-académico. Sobre esta intelectualidad emergente, el propio Cueva anotó en una ocasión que, una vez desarticulado “vencer o Morir” hacia finales de los sesenta, la única opción restante para los y las jóvenes intelectuales de izquierda fue unirse al Frente Cultural

4 Para futuras investigaciones remitidas a este ámbito, Rafael Quintero ha ubicado dos publicaciones sumamente útiles para la reconstrucción del diseño de planes y programas de estudio de la Escuela de Ciencias Políticas fundada en 1961: “El Político” y “Ñaupí”.

5 Alejandro Moreano fue entrevistado en calidad de estudiante de derecho y militante de organizaciones políticas de izquierda durante la década de 1960 en la Universidad Central, y en calidad de profesor de la Escuela de Sociología durante las décadas subsiguientes. Milton Benítez fue entrevistado en calidad de estudiante y posteriormente profesor de esta Escuela desde los años setenta en adelante. A continuación, se reconstruyen partes de las opiniones obtenidas en estas entrevistas.

del PCML (Cueva, 1992: 195). Y es que todavía tendrían que ocurrir algunos cambios para que esta generación considerase seriamente a la universidad y a la sociología específicamente como una opción alternativa a la militancia directa. Al ímpetu de “los intelectuales convertidos en guerrilla”, en palabras de Moreano, todavía le era ajena la atracción por la comparativamente apacible vida académica. La urdimbre de intrigas, esperanzas y euforias, ajenas a la experiencia histórica de la no poco desencantada generación contemporánea, pertenecen al terreno de otra narración. Sin embargo, en esta crónica quisiera simplemente señalar que es quizás en esta joven intelectualidad, desarrollándose en paralelo a la primera institucionalización académica de las ciencias políticas en la Universidad Central, donde podríamos hallar una fuente de actitudes antiacadémicas que serán persistentes durante años posteriores. La revolución nacional concebida como posibilidad inminente requeriría mucho más de la certeza del compromiso político que del titubeo teórico de la academia. De allí que no pocos entre esta generación, y esto hasta aun ahora, lleguen a considerar que “académico” y “persona políticamente sospechosa” signifiquen lo mismo.

Ahora bien, el punto de intersección entre la Escuela de Ciencias Políticas y este optimista pensamiento social de izquierdas se da hacia finales de la década de 1960. Por el lado del ámbito académico universitario, la trayectoria que conduce a esa intersección es la siguiente. Tras la segunda intervención militar en 1964, se establece un convenio entre la Universidad Central y la Universidad de Pittsburgh.⁶ Dentro de este marco se crea una nueva Escuela de Sociología y Antropología, cuyo programa se fundamenta en el estructural-funcionalismo, en consonancia con el paradigma imperante en la sociología estadounidense de esos años. Derrocada la dictadura y finalizado este convenio, el 8 de agosto de 1968 el Consejo Universitario fusiona la Escuela de

6 Este convenio tuvo vigencia desde 1963 hasta 1968. En términos generales se trataba de un acuerdo de soporte académico y de infraestructura, administrado con fondos del BID y de la agencia estadounidense AID, y llevado a efecto en el contexto de la campaña anticomunista continental llamada oficialmente Alianza para el Progreso. Como consta en la sección “Crónica Universitaria” de la revista *Anales* (Tomo XCVI, N° 351), de acuerdo a los rectores de la Universidad Central y la Universidad Politécnica en funciones hacia 1968, los resultados del convenio fueron: el equipamiento de quince laboratorios, el incremento de bibliotecas en casi todas las facultades, y el otorgamiento de treinta y seis becas entre profesores y alumnos. Sin embargo, entre sus aspectos más problemáticos, Manuel Agustín Aguirre menciona el hecho de que el manejo de los fondos del convenio se realizaba con total independencia de la Tesorería de la Universidad Central y, asimismo, denuncia el inflado monto asignado al pago de salarios de técnicos norteamericanos y a la compra de equipos obsoletos y artículos innecesarios (Aguirre, 1973).

Ciencias Políticas con el programa de sociología, eliminando el de antropología. Tomando en cuenta que el rechazo al convenio con la Universidad de Pittsburgh fue uno de los puntos constantes en la agenda de las organizaciones estudiantiles desde 1963, y que incluso en 1968 la Asamblea General de Estudiantes organiza una huelga general demandando su ruptura, quisiera arriesgar una versión sobre el significado que adquirió y sobre el papel que se le adjudicó a la flamante Escuela de Sociología y Ciencias Políticas.

Para empezar, me parece plausible esperar que el final de un convenio percibido como una forma de penetración cultural imperialista, insertada en la agenda política de la Alianza para el Progreso, haya modulado el tipo de expectativas tendidas sobre el nuevo diseño curricular. En la flamante Escuela de Sociología y Ciencias Políticas el estructural-funcionalismo, dado el contexto específico de violencia en el que se intentó introducirlo, inevitablemente se presentaba como uno de los elementos ideológicos del control ejercido sobre la universidad. El rechazo inmediato a esta corriente, aun hasta nuestros días entre varios profesores y alumnos, se convierte desde entonces en sentido común. Lo que subrayo aquí es que en esta coyuntura el estructural-funcionalismo es descartado por razones directa e inmediatamente políticas, escasamente mediadas por la reflexión teórica. vale decir, antes que las críticas al conservadurismo latente en la tradición Parsons-Merton realizadas por C. Wright Mills o, aun dentro de la misma tradición funcionalista, por los teóricos del conflicto como Ralph Darendorf, el factor de mayor peso para su rechazo es la asociación automáticamente establecida entre aquella tradición de pensamiento con la dictadura nacional y con el imperialismo cultural estadounidense.

Como parte del mismo oleaje de las izquierdas de finales de la década de 1960, el pensamiento jurídico-social, predominante en la universidad durante la primera mitad del siglo XX, es estigmatizado como mera palabrería de abogados letrados, y como ideología correspondiente a una estructura universitaria elitista —felizmente derruida desde esos años en adelante en la Universidad Central—. De nuevo, en este segundo rechazo, el interés político se presenta muy poco mediado por la crítica reflexiva: la ausencia total de interpretaciones de lo que simplemente se descartaba como “sociología de abogados”, con la excepción de las investigaciones de Arturo Roig, ha empezado a ser revertida únicamente a partir de los noventa en el Ecuador.

Descartados entonces tanto el cientificismo retórico como el estructural-funcionalismo, la flamante Escuela, en su relativo vaciamiento teórico, se presentaba como un espacio universitario abierto a otros discursos. Aparece así en la universidad un rincón disponible para nuevos ocupantes. Los jóvenes pensadores de izquierda son

quienes se mudan a las aulas y despachos vacíos. Pero para que la cátedra sea concebida como una opción alternativa o una extensión de la militancia política directa, tuvieron que ocurrir algunos cambios. De acuerdo con Alejandro Moreano, el pensamiento social de izquierdas vinculado a los proyectos de liberación nacional orientados por la estrategia del foco guerrillero se agota hacia finales de 1960 —la caída del Che Guevara en La Higuera en 1968 sin duda constituye un importante momento de transformación de la izquierda latinoamericana—. A partir de entonces, se registran experiencias políticas y se consolidan formulaciones teóricas afines con concepciones clásicas del marxismo sobre la revolución socialista. En suma, se trata de un cambio de preguntas: de averiguar las maneras de detonar focos guerrilleros rurales, se pasa a averiguar cómo organizar políticamente, y no exclusivamente como guerrilla, al proletariado urbano. Acontecimientos clave de la década de 1970 que ayudan a explicar este giro son, siguiendo a Moreano: el proceso de revolución democrático-socialista vivido en el Chile de Allende; la emergencia del obrerismo boliviano, y la constitución de la asamblea del pueblo con el general Torres; y los diversos experimentos de guerrilla urbana, como el de Montoneros en Argentina. De nuevo, lo que unifica a todos estos procesos es la centralidad que desempeñó efectivamente, o que se esperaba desempeñe (esta importante distinción es irrelevante en este argumento), el proletariado. Y a su vez, este factor es el que provoca, siempre en opinión de nuestro entrevistado, “un viraje hacia las concepciones clásicas del marxismo” en las ciencias sociales. Si en la década anterior “las figuras dentro de la izquierda que pesaban eran el Che Guevara, Mao Tse Tung, o el Lenin táctico [...] el marxismo del Capital pesa [únicamente a partir de] los setenta”. Con este acentuado interés por ahondar en la reflexión teórica dentro del marxismo, afín con el ocaso de un período de certezas revolucionarias (aunque estas, ya no como tendencia predominante, nunca dejarán de reaparecer aun hasta la década del noventa), se crean las condiciones de posibilidad del surgimiento de una escuela marxista de pensamiento social.

Quisiera destacar algunos rasgos de esta Escuela a partir de la revisión selectiva, primero, de los programas de estudio y, después, de algunas publicaciones universitarias. A partir de su nacimiento en 1968, en esta Escuela se suprimen las materias provenientes de la Escuela de Derecho y se conforma una planta docente propia. Las dos reformas oficiales del programa de estudio, realizadas en los años 1971-1972 y 1974-1976 (Quintero, 2001: 15), constituyen tentativas por profundizar esta construcción de un nuevo espacio para la reflexión. La experimentación y la intensidad del debate entre los diversos meandros de la izquierda fueron una constante en esta etapa,

caracterizada por Moreano como “eufórica” y “caótica”. Lo que estaba en juego primordialmente no era la conformación de un centro académico sino de un núcleo articulador de prácticas intelectuales. Junto al joven Agustín Cueva, Fernando Velasco podría condensar la imagen del nuevo intelectual: tras abandonar la Universidad Católica, donde a su vez se gestaba un pujante movimiento estudiantil, Velasco trabaja un año entero en la Escuela de Sociología de la Universidad Central, sin percibir ingreso alguno, y alternando, o más bien retroalimentando, su cátedra con la militancia. Sobre esta entrega y sentido de misión del intelectual comprometido, Milton Benítez, aludiendo a su propia experiencia como estudiante en la década de 1970, rememora: “entonces la vida se repartía entre un tiempo para trabajar en un sindicato, trabajar en los sectores campesinos, y al mismo tiempo leer y discutir”. Sobre esta preeminencia de la práctica intelectual sobre los protocolos académicos, resulta muy significativo que dentro de la autocomprensión de la Escuela⁷ se señale a la huelga del Frente Unitario de Trabajadores de 1971 (primera plataforma unificadora del sindicalismo en el Ecuador), y a la huelga nacional de octubre de 1975 (hito del movimiento obrero), como los contextos que explican y justifican los cambios de *pensum*.

Sin desconocer la heterogeneidad de la izquierda de esos años, cuya complejidad no nos ocupa aquí, hacia mediados de la década del setenta el debate llega a ser medianamente encauzado por un canal dentro de la Escuela de Sociología. Según afirman varios de sus artífices, la Escuela empieza a transitar principalmente por un camino o método: el marxismo estructuralista. En efecto, de acuerdo a Moreano, es bajo la orientación de la escuela francesa Althusser-Poulantzas que se definen cinco áreas de estudio que organizan formalmente el programa académico, y esto aún hasta finales de la década del noventa. Bajo el modelo de la “generalidad uno, dos y tres” de Poulantzas, las tres primeras áreas se conciben como “instrumental teórico”, y las dos últimas como “materia prima” sobre la que actúa este instrumental para producir conocimiento. Las áreas son, por un lado, materialismo histórico, economía política, métodos y técnicas de la investigación social; y, por el otro, problemática nacional, luego

7 Véase el documento apócrifo, publicado hacia finales de la década del setenta, *La escuela de sociología y la realidad nacional*, en los archivos de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas (año de edición no disponible). “El movimiento obrero y popular [...] aglutinado fundamentalmente en las Centrales Sindicales [hacia mediados de la década de 1970] se encontró carente de poderosas fuerzas políticas que eleven al plano teórico su significativa fuerza social [...] De allí que la Escuela de Sociología haya sido el escenario de un movimiento intelectual que ha jugado un papel significativo en el desarrollo del pensamiento social y político más avanzado del Ecuador” (s/f: 2).

denominada problemática latinoamericana y ecuatoriana, e historia del pensamiento social.

Como sabemos, el marxismo estructural constituyó un intento por “depurar” todos los aspectos considerados no científicos en el pensamiento de Marx. En vista de ello, podría aparecer como una inconsecuencia que quienes criticaron el “positivismo” imperante anteriormente en la universidad se adhieran precisamente a la corriente marxista más científicista. Asimismo, podría llamar la atención que formulaciones provenientes de distintas corrientes del marxismo occidental, como el pensamiento de Gramsci, o el de las escuelas de Frankfurt o Birmingham, no hayan sido apropiadas inicialmente por esta sociología de izquierdas. Sin embargo, desde la perspectiva histórica que hemos mantenido, nada de esto resulta sorprendente. A partir del momento en que las organizaciones de izquierda ingresan a la universidad, se ven en la necesidad de negociar con estructuras académicas preestablecidas, o bien con parámetros sobre cómo producir conocimiento que las anteceden y que limitan sus opciones. En la Universidad Central, la respetabilidad del conocimiento durante todo el siglo XX se venía fundamentando en el recurso retórico a la ciencia. Sin perder esto de vista, el recurso al marxismo más científicista podría ser comprendido como una táctica más bien necesaria, antes que como una inconsecuencia, para legitimar a una sociología marxista en su específico entorno de inserción académica. El ingreso de las izquierdas a la universidad supone también el ingreso de los legados (conservadores) de la universidad en las izquierdas.

El contenido de las publicaciones oficiales o auspiciadas por esta Escuela nos asiste en el entretejimiento de esta interpretación. La revista *Ciencias Sociales*, dirigida y fundada por Rafael Quintero, es la primera y única publicación periódica de esta Escuela, y representa el intento más sistemático por academizar a la sociología a nivel universitario en el Ecuador. Las dos etapas en que divido a este proyecto editorial expresan los derroteros de la sociología académico-universitaria en el país hacia finales de la década del setenta e inicios de los años ochenta. En la primera etapa, que incluye a los cuatro primeros números, encontramos un registro de valor insustituible para caracterizar al debate intelectual en la izquierda, en el momento de su toma de contacto de doble vía con la universidad. En lo que sigue me limitaré a señalar el límite principal que encuentro en su impulso crítico.

En las ponencias presentadas para los primeros congresos de sociología, y en los artículos de investigación publicados en los primeros números de *Ciencias Sociales*, aparece una indefinición sobre el lugar de esta sociología de izquierdas entre dos tipos opuestos de hermenéutica. Desde una lectura de la realidad o una hermenéutica

inspirada en Marx, nada en el mundo humano aparece como inmutable o natural: son las determinaciones materiales e históricas, únicamente develadas bajo el incisivo trabajo de la crítica, las que explican los fenómenos sociales. El carácter radicalmente moderno del pensamiento de Marx radica en que establece una ruptura con las concepciones del mundo social como hecho natural, y en que instala a la sospecha como actitud conductora de la reflexión. Evidentemente, este impulso crítico derruye toda versión de la realidad proveniente de los dictámenes de una autoridad tradicional: la susceptibilidad de verdad de todo enunciado deja de ser derivativa del prestigio social otorgado a su origen, y pasa a ser el resultado de un ejercicio crítico de fundamentación, siempre a la acechanza de causas ocultas o no inmediatamente perceptibles. En una frase, la hermenéutica de la sospecha al estilo de Marx pulveriza a la hermenéutica tradicional, o interpretación de textos sagrados, que no consiste sino en la búsqueda de una traducción fiel de palabras autorizadas (Ricoeur, 1970: 20-36). Sin embargo, como digo ya, dentro de la nueva sociología marxista, estos dos tipos de hermenéutica coexisten problemáticamente.

Para explorar este punto, quisiera destacar un aspecto del debate entre la Escuela de Sociología y el instituto de investigaciones Sociales de la Universidad de Cuenca, realizado en el marco del Primer Congreso Nacional de Escuelas de Sociología del Ecuador en agosto de 1976. En la disputa en torno a la interpretación de las reformas adelantadas durante el régimen de Rodríguez Lara (1972-1975) entre estas dos instituciones, no queda claro si el meollo de la discusión se encuentra en la plausibilidad histórica de sus análisis o si lo fundamental es la correcta interpretación de los trabajos de Marx. Evidentemente, todo trabajo investigativo se halla simultáneamente inmerso en el problema de reconstruir hechos históricos y en el de la definición de categorías teóricas útiles para esa reconstrucción. Sin embargo, lo que puntualizo aquí es que, de manera reiterativa, la disputa en el plano teórico en este debate no se orienta tanto a discutir la fecundidad de determinadas categorías para la comprensión de una problemática histórica específica, sino más bien al reclamo de exclusividad sobre la correcta comprensión de lo que “Marx en realidad quiso decir”. En la exacerbación de la ironía, en los desplantes de lado y lado sobre quién entendió mejor a Marx, suspendiéndose una reflexión materialista y crítica, el pensador moderno por excelencia es erigido como nueva autoridad tradicional.⁸

8 Este irónico papel de Marx fungiendo de autoridad tradicional se visibiliza en el marcado desdén por la investigación manifestado por algunos docentes de la Escuela durante estos años. Como consecuencia de canonizar a sus obras, resultaba necia e

Ahora bien, ingresando en una segunda etapa, a partir del quinto número de la revista *Ciencias Sociales* podemos registrar un giro significativo: la reflexión teórica altamente formalizada de los primeros números (ejemplos: las disquisiciones filosóficas de Bolívar Echeverría sobre el discurso crítico en Marx y el excurso sobre la teoría de la dependencia de Alejandro Moreano, publicados en el primer número) se desplaza crecientemente hacia la publicación de estudios de caso e investigaciones aplicadas. En la inexistente circunscripción disciplinaria de estos artículos (escriben por igual economistas, urbanistas, politólogos, sociólogos, etc.) podemos hallar señales de resistencia a la especialización disciplinaria. Las motivaciones básicas de esta resistencia son compartidas entre los miembros de la Escuela, y se encuentran sintetizadas en las palabras del director: “en la ciencia social burguesa, las dimensiones o instancias económicas, políticas, ideológicas, y sociológicas de la sociedad se encuentran divididas y parceladas en compartimentos académicos ‘especializados’. Esto evita la consideración de la naturaleza del sistema económico. La totalidad es escondida por los detalles” (Quintero, 1977: 130). La centralidad de la categoría de totalidad social presente en el pensamiento marxista, tanto de Aguirre como de la Escuela, evita que esta sociología se asuma como disciplina especializada. Sin embargo, a partir de esta premisa compartida unánimemente entre la planta docente, se desprenden dos proyectos intelectuales distintos dentro de la misma Escuela. Estas vías distintas activan la irresuelta cuestión de la distinción entre ciencias sociales y humanidades, anunciando un problema que se extiende hasta nuestros días.

El primer proyecto intelectual apunta a la consolidación académico-institucional de las ciencias sociales desde una perspectiva interdisciplinaria, y el segundo al despliegue de un pensamiento social que pasa por alto tanto las fronteras entre disciplinas como la frontera

innecesaria la pretensión de insistir en análisis políticos y económicos detallados. Para no pocos, dado que los “trazos gruesos”, los “grandes movimientos de la historia”, ya habrían sido explicados de una vez y por siempre por Marx, se tornaba autoevidente la banalidad de la investigación (agradezco a Nicanor Jácome por sus rememoraciones al respecto). Subyaciendo a este modo de entender el trabajo académico, en el plano mucho más difícil y a la vez más interesante de escudriñar de la subjetividad, el carácter mítico-religioso que adquirió la lectura de Marx entre varios alumnos y profesores es un fenómeno que nos habla sobre el lugar que ocupó este pensador para una generación que, en su ruptura con la moralidad católica aparejada a la normalidad burguesa en el Ecuador, todavía portaba en sí estructuras del sentimiento tradicionales. En la sustitución de lo que dicta la Iglesia Católica, monopolizadora de la palabra de Dios, por lo que dijeron un Marx o un Lenin o un Mao, concebidos como monopolizadores de la ciencia histórica, se expresa la subjetividad de una generación que, en la anomia de su ruptura, no pudo más que buscar en estos pensadores fuentes sustitutas de la “palabra original”.

entre estas y el campo de la filosofía y la literatura. A fines expositivos, quisiera señalar como figuras representativas de cada uno de estos proyectos a Rafael Quintero y Agustín Cueva. El primero, a través de su extensa labor investigativa y su constante empeño en institucionalizar el debate académico, representa una opción, que desde luego no empieza ni termina en su persona, por llevar a efecto la constitución de una comunidad científica, organizada en torno a un trabajo cooperativo entre las distintas ciencias sociales. Al respecto, tanto el papel de FLACSO como el de la revista *Ecuador Debate* transitan por vías que tienen la misma dirección y que se refuerzan mutuamente.⁹ La otra opción, sustancialmente distinta en algunos aspectos, es la representada, de nuevo nunca privativamente, por Agustín Cueva. Si a Quintero, desde sus primeros trabajos publicados, siempre le interesó “superar del todo el giro especulativo, la tradición culturalista que aún pesa en la sociología ecuatoriana” (Quintero, 1976: 16), Cueva nunca abandonó el recurso a la crítica cultural, y literaria específicamente, en su labor académica.

Por fuera de la acritud y hasta hostilidad que signó al debate entre estas dos posturas, no resulta difícil encontrar una afinidad fundamental entre ellas. Ambas parten y se pronuncian, con no poco optimismo, desde el lado afirmativo de la crítica. Tanto la una como la otra opción se orientan a la construcción de un modo de vida alternativo al vigente, antes que a la desestabilización de la lógica cultural imperante. En el primer caso, nos hallamos frente a un proyecto orientado a situar la toma de decisiones públicas en la universidad. En desafío a la privatización del conocimiento encarnada en el poderío intelectual de los cuadros tecnoburocráticos del régimen militar (Quintero, 1976: 130), Quintero apuntaba a recuperar la importancia y centralidad negadas al conocimiento producido en la universidad estatal, a su vez pretendidamente fundado en la práctica del movimiento obrero. Por su parte, la “tradición culturalista” representada por el primer Agustín Cueva¹⁰ asume igualmente un papel afirmativo, pero este proviene

9 Pablo Andrade ha investigado esta trama de la historia de las ciencias sociales en el país; sus resultados todavía no han sido publicados. Agradezco su asistencia en la orientación del presente trabajo.

10 Como parte de su formación académica, Agustín Cueva se traslada a Chile a inicios de la década de 1970, y posteriormente se radica en México. Si bien su trabajo académico e intelectual siempre mantiene como referente al Ecuador, resultaría forzado circunscribir su vasta producción de libros y artículos a la tradición de la Escuela de Sociología de la Universidad Central. Las consideraciones aquí propuestas se refieren única y exclusivamente al ensayo *Entre la ira y la esperanza* (1967) y al conjunto de ensayos sobre la literatura ecuatoriana, *Lecturas y rupturas*, compilados en 1986 y escritos desde finales de la década de 1960 hasta el cierre del siguiente decenio (Cueva, 1992).

de matrices distintas. Acogiendo el legado del realismo social, cuyo despliegue en el Ecuador se realiza durante la década de 1930, Cueva asigna valor y relevancia a las obras literarias que analiza por sus contenidos pedagógicos. Como ejemplo de esta afirmación, sin sumergirse en el gesto paródico de los “hombres letrados”, y en la exaltación de lo radicalmente negativo y terroríficamente inasimilable, activado en los relatos de Pablo Palacio, a Cueva le interesa más la cruda construcción de personajes típicos en situaciones típicas, realizada en la novela de Jorge Icaza. Cueva se desplaza en la estética del arte comprometido, y es por ello que no puede avizorar el contenido crítico de una estética negativa.

Durante la década del setenta, este proyecto afirmativo del conocimiento y del saber, presente en las dos corrientes descriptas escuetamente a través de casos representativos, no tiene mayores dudas sobre sí mismo. Hasta el cierre de los años setenta, los intelectuales de izquierda no titubean al enunciar la identidad del sujeto portador y gestor del proceso revolucionario que su crítica alimenta: el proletariado organizado políticamente; y, con el mismo espíritu, señalan con seguridad el espacio desde el cual se puede y debe articular esa crítica: la universidad público-estatal. Tanto el debilitamiento y cooptación del obrerismo desde inicios de la década del ochenta a nivel nacional e internacional, como el inicio de una etapa *formalmente* democrática en el Ecuador que reconfigura el escenario político, se encargarán de obliterar la primera de estas certezas. Y, asimismo, el rol protagónico de instituciones semi-privadas y privadas en la configuración del campo universitario obligará a considerar las preguntas sobre la misión pública de la universidad bajo términos muy distintos desde los años ochenta en adelante.

LA INCERTIDUMBRE DE LA UNIVERSIDAD: EL CIERRE DEL SIGLO Y SUS PREGUNTAS

Las enormes omisiones y particulares acentuaciones del recorrido histórico ofrecido surgen de los problemas que nos presenta la contemporaneidad inmediata. En esta parte final del estudio, quisiera decir algo sobre estos problemas, vale decir, señalar ciertas tendencias de la universidad y la sociología en el Ecuador de las dos últimas décadas, dentro de las que se sitúan y articulan las preguntas que han orientado a esta crónica.

Con el retorno al régimen formal democrático, y tras el fin del restringido modelo estado-céntrico de desarrollo a nivel regional, el papel asignado a la universidad atraviesa importantes transformaciones. Ya a partir de la década de 1980, pero de manera mucho más clara y definida tras el fin de la Guerra Fría, el modelo de universidad definido

desde las formaciones intelectuales dominantes va de la mano con la defensa *ideológica* de una específica forma de inserción del país dentro de los circuitos comerciales y financieros transnacionales. Los lugares comunes sobre el papel de la universidad en este contexto pasan a ser, principalmente, dos. Primero, se opina que la incorporación en las universidades nacionales de conocimientos científicos aplicados provenientes del primer mundo abrirá la posibilidad de colocar en una posición de competitividad internacional al aparato productivo nacional. Y junto a ello, se privilegia la adquisición de habilidades especializadas para el manejo de empresas privadas, y en menor medida para la administración de un estado reducido y eficiente (Hurtado, 1994; León, 1994; Paredes, 1994). En términos generales, enfrentamos una versión sobre la educación en la que se enfatiza exclusivamente la necesidad de perfeccionar el manejo técnico de los ámbitos del mundo social coordinados por el funcionamiento del sistema de mercado, y por un sistema estatal limitado en sus funciones a asegurar el libre juego de oferta y demanda.

Suspendiendo el impulso práctico-moral que conduce a preguntarse por las posibilidades de establecer mecanismos de control y direccionamiento, articulados desde sociedades civiles crecientemente desnacionalizadas, hacia plexos sistémicos igualmente desnacionalizados (pero todavía controlados por un estado nacional imperial), la versión neoliberal de la globalización únicamente se ocupa de los aspectos referidos a la funcionalidad de los sistemas. Esto es, deja de lado el problema de la legitimidad y justicia de los sistemas estatales y del sistema de mercado, ocupándose simplemente de procurar su eficiencia, su adecuada funcionalidad. En el campo universitario, participando de esta unilateralidad, de esta agenda globalizadora restringida, ejemplificada en las opiniones antes aludidas, desde la década del ochenta se registra un auge de carreras universitarias de economía neoclásica aplicada, de finanzas, de administración de empresas, de *marketing* y, en general, de carreras de corte gerencial y administrativo. En medio de esta proliferación, la adecuación de los programas de ciencias sociales hacia una profesionalización compatible con versiones tecnocráticas y mercado-céntricas sobre el desarrollo (Massardo, 1997), y el arrinconamiento y poco valor concedido al campo de lo que hasta hoy se ha conocido como humanidades, van a constituir signos distintivos de la época.

Son estas tendencias precisamente las que incitan a pensar sobre el lugar de estos campos en la universidad. Sin embargo, aproximadamente desde las dos últimas décadas del siglo pasado, ya no contamos con respuestas seguras de antemano. Dentro de la especificidad de la universidad en Ecuador, y de manera análoga en ciertos aspectos en

otros países latinoamericanos, el final de las certezas del pensamiento crítico de los sesenta y setenta, formulado como alternativa pero todavía participe del legado del cientificismo retórico vigente durante décadas anteriores, coincide con este inquietante giro en la educación superior.

LA DÉCADA PERDIDA

En nuestros países, los años ochenta son recordados como la “década perdida”. Con ello se alude a la crisis de la deuda externa, y a los escasos avances en la consolidación de los regímenes democráticos. Para la sociología en Ecuador, esta también es una década perdida, y esto en dos sentidos del término: la sociología es derrotada y se extravía. Como disciplina académica apenas dando sus primeros pasos desde finales de los setenta en la Universidad Católica,¹¹ una vez sofocado el proyecto modernizante capitaneado por Hernán Malo y cristalizado en la Facultad de Ciencias Humanas, las autoridades conservadoras reinstituidas en la universidad dan la espalda a todos los avances conseguidos en años anteriores. Quizás el ejemplo más patente de este retroceso en la Universidad Católica es el hecho de que se haya separado a Filosofía de la Facultad de Ciencias Humanas para condenarla a la salvación en la Facultad de Teología. Por otro lado, como encarnación de un proyecto político-intelectual en la Universidad Central, la sociología sufre con igual intensidad los estragos por los que atraviesa su destinatario, el movimiento obrero, debilitado y crecientemente asimilado a las estructuras burocráticas del estado. Frente a esta doble derrota, la sociología *se pierde*: se extravía, no encuentra señales que

11 El 9 de septiembre de 1946 se funda esta universidad bajo la gestión y patrocinio de “distinguidos caballeros católicos”, tal y como reza en su *Libro de Oro* (1996). Probablemente estos curiosos epítetos se refieren a que la institución nace durante la segunda presidencia de José María Velasco Ibarra, y la alcaldía de Quito de Jacinto Jijón y Caamaño, con el pleno respaldo y hasta apoyo económico directo de la elite conservadora quiteña. Sirva como ejemplo que el propio “Don” Jacinto Jijón y Caamaño y varias “damas”, ateniéndose al sintomático uso de palabras presente en el documento conmemorativo referido, fungen de mecenas durante los primeros años de su funcionamiento. Desde el año 1952 en adelante, por disposición del Congreso, el estado pasa a costear porcentajes variables del presupuesto anual de la Universidad Católica, constituyéndose de este modo en la primera universidad semi-privada del país. Años más tarde, de manera simultánea al proceso descrito en la universidad estatal durante la década de 1970, en la Universidad Católica se vive un momento de gestación de cambios de gran alcance, en medio de los cuales el campo de ciencias sociales y humanidades florece. Este proceso de cambio se refiere a la confluencia de tres factores: la gestión del rector Hernán Malo y el lanzamiento de un proyecto modernizador de la universidad fundado en su pensamiento humanista; la presencia activa de un pujante movimiento estudiantil; y el soporte académico de docentes e investigadores argentinos exiliados. Debo a Carlos Paladines, a José María Egas y a Bertha García la información sobre este proceso.

la orienten. En la Universidad Católica, durante los años ochenta se mantiene un ambicioso programa académico sin las estructuras institucional-universitarias que lo apuntalen a mediano plazo; y así, a la larga, las lecturas de teoría social y la familiaridad con las técnicas de investigación son depuestas y olvidadas en medio del apremio gerencial de las nuevas ONGs donde los graduados buscan el trabajo que la universidad no les brinda (este desfase entre los contenidos de la carrera y el ejercicio profesional de sus graduados, y la consecuente amenaza de pérdida de alumnos inscriptos que entraña, hallarán una particular respuesta durante la siguiente década). Y la sociología se pierde también, de un modo distinto, en la Universidad Central. Las preguntas de la Escuela no se fundamentan ni encuentran asidero en proceso social alguno. “En los ochenta la Escuela de Sociología se estancó [...] estaba muy golpeada”, relata Alejandro Moreano. En su opinión, durante esta coyuntura de declive del movimiento obrero ecuatoriano, la Escuela no estaba en condiciones de generar un discurso que integre las prácticas de nuevos movimientos sociales, y por ello se debilita enormemente como centro intelectual. Rafael Quintero encuentra las causas de esta escasa capacidad de respuesta en el “profundo divorcio” que habría persistido entre la reflexión teórica y los procesos sociales materiales en esta Escuela durante los ochenta.¹² Sin una institucionalización mínima de la práctica investigativa, la posibilidad de integrar en la reflexión las prácticas de actores emergentes se habría visto negada: para Quintero, el fortalecimiento de la institución académica es una precondition para la viabilidad de la práctica intelectual.

En la universidad estatal, el ruido público de clases repletas durante los setenta, hasta el punto de volver necesario que algunos profesores usaran megáfonos para incluir a los que escuchaban desde afuera en los pasillos, es sustituido por el mutismo que resulta de la incapacidad de preguntarse por las nuevas constelaciones de la economía, la política y la cultura. El tiempo se detiene en los corredores de la Escuela de Sociología durante los años ochenta, pero esto no bajo el influjo explosivo de la revuelta, sino por efecto del sino amargo de la nostalgia incapaz de instalarse en el movimiento del presente.

LOS NOVENTA: EL SINUOSO CAMINO DEL CAFETÍN A LOS SERVICIOS SOCIALES Y LA ONG

Desde la década pasada, la sociología se sitúa en un ambiente universitario enrarecido que ya desde los ochenta no es precisamente favorable al desarrollo de una universidad como la que imaginaban Manuel

12 Rafael Quintero fue entrevistado en calidad de ex director y actual docente de la Escuela de Sociología de la Universidad Central.

Agustín Aguirre o Hernán Malo durante las décadas de 1960 y 1970. Aquella disciplina que nunca llegó a constituirse cabalmente como tal en el país se desplaza por dos terrenos.

El primero es el de una anodina asistencia social compatible con la reducción de funciones del estado. Al respecto, en la Universidad Central, Daniel Granda, quien fuera director de la Escuela de Sociología, afirma en el programa de estudios vigente durante los noventa que las entidades públicas y privadas requieren “de un saber con un alto grado de utilidad y de pragmatidad [...] se exige una especialización en el saber sociológico sobre los distintos sectores e instancias del convivir nacional” (Universidad Central del Ecuador, 1999) —hecho que exigiría como respuesta la inclusión de nuevos cursos de sociología aplicada dentro del *pensum*, como son demografía, sociología rural y sociología urbana, entre otros—. En el mismo documento, Granda plantea dos objetivos para la Escuela: “formar un sociólogo y por extensión un científico social, que responda a las demandas estatales y societales”; y el fortalecimiento de “las ciencias sociales ecuatorianas y latinoamericanas que coadyuve a la construcción de una sociedad socialista y democrática”. En síntesis, se plantea aquí una lucha por el socialismo que consiste en formar sociólogos adiestrados en la prestación de servicios profesionales a agencias estatales o no gubernamentales. Dos preguntas al respecto: ¿cómo es que la familiarización del estudiante con instrumentos para la prestación de servicios de asistencia social desemboca en la formación de sociólogos o científicos sociales? ¿Y cómo es que esta confusa y contradictoria formación universitaria que vendría a llamarse “asistencial-científica” representa una contribución, desde la universidad, para la construcción del socialismo? El extravío de los ochenta se extiende hacia la siguiente década con este tipo de piruetas enigmáticas.

Por su parte, en la Universidad Católica, frente a la creciente presión de las autoridades porque se vuelva “viable administrativamente” al programa de sociología, se implementa una importante reforma en el año 1995. Desde entonces la carrera se divide en tres especialidades: relaciones internacionales, ciencias políticas y sociología del desarrollo. En el Ecuador de la década del noventa, junto a la proliferación de universidades privadas, se registra una explosión de programas de ciencias sociales estructurados en torno al tema del desarrollo. El nuevo programa de sociología del desarrollo de la Universidad Católica se inserta dentro de esta tendencia. Este emparentamiento entre un desarrollismo centrado en el mercado antes que en el Estado, y el tipo de educación que ofrecen las flamantes universidades privadas y que se extiende hacia las demás, suscita varias preguntas respecto de hacia dónde de la universidad como institución en nuestros días. Cabe

circunscribir esta cuestión mencionando brevemente un caso específico. La universidad privada con mayor número de alumnos inscriptos en Ecuador es la Universidad San Francisco de Quito.¹³ El primer programa de sociología diseñado allí en 1990 y denominado, al igual que más tarde en la Universidad Católica, “sociología del desarrollo” incluye dos años de cursos de pre-administración. En consonancia con esta estructura curricular, en el año 1992, se define que el “perfil del profesional que se especializa en Sociología del Desarrollo es una persona que trabaja en la consultoría y/o el desarrollo de programas y proyectos socioeconómicos a nivel nacional, binacional o multinacional”; y hacia 1998, la carrera pasa a llamarse “Gerencia Social y Sociología Aplicada”. Este caso particular señala una tendencia, no solo presente en las universidades privadas, a circunscribir el ámbito laboral de las ciencias sociales exclusivamente al de la consultoría y el proyectismo propio de las ONGs. Lo que está en juego en esta tendencia es una preocupante re-definición de la universidad. El desarrollismo mercado-céntrico que se extiende en nuestras universidades privadas, semi-privadas y estatales, opaca al ejercicio de la crítica y erige a la tecnocracia en pensamiento único (Ramírez, 1999).

El segundo terreno sobre el que se desplaza la sociología actualmente es bastante menos definido pero, sin duda, bastante más prometedor que el primero. Se trata de un proceso que marca el final de una época en la que se insistía, retóricamente, en la necesidad de adecuar el pensamiento a obsesivas formas de purismo metodológico. En este segundo terreno, cuyo signo es la incertidumbre, se reedita el problema de la distinción entre ciencias sociales y humanidades nunca llevada a efecto en el Ecuador: las ciencias políticas, la economía, la sociología, la antropología, la historia, la filosofía y la teoría literaria, se preguntan todas sobre sí mismas y sobre sus relaciones mutuas. Surgiendo de este magma, y con la intención no de cerrar y resolver, sino de alimentar e incitar el debate, a través de la realización misma de este estudio, simplemente he insistido en una toma de postura básica: la reflexión sobre la sociedad, la política, la economía y la cultura ha de afincarse en la historia. El anti-pensamiento propio del patético optimismo gerencial instalado en nuestras universidades pretende suspender la reflexión y la historia en un presente supuestamente

13 Esta universidad abre sus puertas en 1988, y es fundada por la Corporación de Promoción Universitaria creada en 1985. El 70% de sus primeros alumnos se inscriben en el Colegio de Administración para el Desarrollo (los “colegios” corresponden en Estados Unidos a lo que en Hispanoamérica conocemos como facultades), y es dentro de esta área que se ofrece una carrera de Sociología del Desarrollo. Toda la información incluida en esta parte ha sido extraída de los catálogos publicados por esta universidad desde su fundación.

inevitable. Frente a ello, cabe articular alternativas que, más allá de las formas específicas en que se resuelvan académica e institucionalmente, no cedan en el empeño de reflexionar a partir de, y con miras hacia, la transformación de la realidad social-material, insistiendo en la comprensión de la historia en toda su complejidad y singularidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, A. 1995 *Breve historia económica del Ecuador* (Quito: Corporación Editora Nacional).
- Aguirre, M. A. 1961 “Crónica universitaria” en *Anales de la Universidad Central* (Quito) Tomo XC, N° 345.
- Aguirre, M. A. 1973 *La segunda reforma universitaria* (Quito: Editorial Universitaria).
- Bonvecchio, C. (comp.) 2000 (1980) *El mito de la universidad* (México: Siglo XXI).
- Burbano Martínez, H. 1996 *La educación y el desarrollo económico y social del Ecuador* (Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana).
- Cueva, A. 1987 (1967) *Entre la ira y la esperanza* (Quito: Planeta).
- Cueva, A. 1992 (1986) *Lecturas y rupturas* (Quito: Planeta).
- Cueva, A. 1996 (1991) “El Ecuador de 1960 a 1979” en Ayala Mora, E. (ed.) *Nueva historia del Ecuador* (Quito: Corporación Editora Nacional) Vol. 11, Época republicana V.
- Hurtado, O. 1994 “Universidad y desarrollo” en *Universidad, Estado y Sociedad* (Quito: Corporación Editora Nacional/Fundación Hernán Malo; Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales).
- León, J. B. 1994 “La sociedad frente a la universidad” en *Universidad, Estado y Sociedad* (Quito: Corporación Editora Nacional; Fundación Hernán Malo; Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales).
- Massardo, J. 1997 “Globalización y construcción de conocimientos. El estado de la investigación en América Latina” en *Íconos* (Quito) N° 1.
- Miño, J. V. 1969 “Breves reflexiones sobre la educación” en *Anales de la Universidad Central* (Quito) Tomo XCVII, N° 352.
- Paladines, C. 1998 *Rutas al siglo XXI. Aproximaciones a la historia de la educación en el Ecuador* (Quito: Santillana).
- Paredes, Á. M. 1957 “El profesionalismo y la investigación científica” en *Anales de la Universidad Central* (Quito) Tomo LXXXVI, N° 341.

- Paredes, P. L. 1994 “La propuesta del gobierno nacional para la universidad ecuatoriana” en *Universidad, Estado y Sociedad* (Quito: Corporación Editora Nacional; Fundación Hernán Malo; Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales).
- Pérez Guerrero, A. 1957 “La universidad y la patria” en *Anales de la Universidad Central* (Quito) Tomo LXXXVI, N° 341.
- Pérez Guerrero, A. 1961 “Visión de la patria” en *Anales de la Universidad Central* (Quito) Tomo XC, N° 345.
- Pontificia Universidad Católica del Ecuador 1996 *Libro de oro* (Quito: PUCE).
- Poviña, A. 1956 “Proyecto de un programa común de sociología” en *Anales de la Universidad Central* (Quito) Tomo LXXXV, N° 340.
- Quintero, R. (ed.) 2001 *Reforma universitaria en sociología* (Quito: Escuela de Sociología y Ciencias Políticas).
- Quintero, R. 1976 “Discurso de inauguración del Primer Congreso de Escuelas de Sociología del Ecuador” en *Ciencias Sociales* (Quito) Vol. 1, N° 1.
- Quintero, R. 1997 (1980) *El mito del populismo* (Quito: Abya-Yala; Universidad Andina Simón Bolívar).
- Ramírez Gallegos, F. 1999 “Esperando a Godot. Sociología y universidad: relatos de una disciplina espuria” en *Ecuador Debate* (Quito) N° 46.
- Ricoeur, P. 1970 “Conflict of interpretations” in *Freud and Philosophy* (New Haven: Yale University).
- Salgado, F. J. 1961 “Informe de labores de la Facultad de Jurisprudencia, Ciencias Políticas y Sociología” en *Anales de la Universidad Central* (Quito) Tomo XC, N° 345.
- Trindade, H. 2003 “O discurso da crise e a reforma universitária necessária da universidade brasileira” en Mollis, M. (comp.) *Las universidades en América Latina: ¿reformadas o alteradas? La cosmética del poder financiero* (Buenos Aires: CLACSO).